

Posdata al Centenario Riveriano

LUIS ERNESTO LASSO

Si bien es cierto que una marca de colombianidad es el estigma de lo solemne, no es menor la constante de la ingratitud: a Bolívar se le destaca en sus defectos mientras se enaltece a Santander en su leguleyismo; Mosquera es presentado como cercano a lo demoníaco, a la par que se celebra la politiquería de Núñez; a Uribe se le acusa de claudicante, cuando se hacen esfuerzos para ubicar a Gaitán como precursor de la segunda independencia. Y en el caso de pensadores y escritores, el asunto se agudiza más: Caro y Arboleda merecen el aceptamiento hasta de radicales, por el buen uso del idioma, mientras Isaacs y el Gabo son cuestionados desde cualquier ángulo y desde distintas posiciones. ¡Qué no decir entonces de José Eustasio Rivera!

Un hombre sin atributos, de origen campesino, estudiante para maestro, inspector oscuro de provincia, si acaso puede acercarse —gracias a su talento y tesón— a los alrededores del Olimpo. No importa que se rodee del reconocimiento de los hombres de su tiempo (Restrepo, Caro y Valencia), ni que escuche desde la penumbra a los contertulios de los cafés de moda: segundón, aceptable por sorprendente. Y cuando la crítica, la postura inusual aparezca, así sea escribir una novela de éxito, el índice indignado manda al sitio preciso: "modesto coplero, apropiado cuando más, para desem-



peñar el cargo de secretario de una alcaldía rural", espetó el gran poeta universalista del momento, Eduardo Castillo. La respuesta de Rivera no nació ni de la falsa modestia, ni de la ignorancia del mundillo que enfrentaba, con secuelas que llegan hasta nosotros:

Todos pertenecemos a una casta olímpica que, pomposamente se denomina la de los intelectuales; ninguno acepta elogio que no equivalga a la consagración suprema: todos somos grandes poetas, excelentes artistas, celeberrimos escritores. (...) Literatos sin libros, creadores sin producción, genios de obras que nadie conoce, jugamos a los superhombres como niños a la gallina ciega, y cada uno da lo que recibir quiere: tú me aplaudes para que yo te glorifique; aquel me admira, para que lo ensalce (...), y de esta suerte, aislados de la realidad, en el ocio poético, inventamos una especie de beatitud lírica y vivimos con ella orondos, despreciativos, inmortales¹.

Luis Trigueros, desde la misma anonimia que hoy se disfraza de letismo, habría de insistir en la depreciación —la novela es un

"caos de sucesos aterrantes", su "acción es lánguida, horra de sutileza y de análisis anímico" hasta ubicar al poeta como "monocorde", incapaz de poner en sus escritos "un adarme de amor, ni de emoción ni de ternura"².

El que desde fuera se le hubiera reconocido como "Poeta de América" (a contra marcha de modernistas y vanguardistas Rivera había vuelto los ojos hacia lo autóctono, para envolverlo en una suerte de manto sagrado, capaz de, con un sentido pánico del universo, proponer la recuperación del ser buscando la construcción de la Tierra Prometida), mientras el narrador americanista por excelencia, Horacio Quiroga, también escarnecido y obligado a la marginalidad total en el Sur, ubica la novela como "grande epopeya" y la señala como "el libro más trascendental que se ha publicado en el continente", a la vez que sitúa al hombre-escritor como "uno de esos corazones que se van haciendo raros en los hombres de letras, llenos de un valor singular para atacar la banca cauchera", pese a todo ello, lo que primó y sigue destacándose entre la fronda olímpica sigue siendo, cuando menos, el desencanto. De tal envergadura que se pasa de generación en generación, en la misma contemporaneidad: Gabo, buscando aniquilar el turismo, se refirió a *La Vorágine* como "esa cosa"; Germán Espinosa está harto de Cova y selvas, como la misma Monserrat Ordóñez.

Por tal motivo, al año del Centenario del natalicio de Rivera sólo dos sectores aprovecharon la coyuntura: el oficialismo provincial para gastarse unos cuantos millones en estatuas y cursos rápidos buscando votos, y la audacia editorial para lograr la difusión del texto sobre crítica de *La Vorágine* que compiló Monserrat Ordóñez. De los 36 estudios que compendiara la profesora, 15 provienen de ensayistas norteamericanos o de latinos inscritos a la docencia universitaria en E.U. El espectro de esta crítica es amplio: oscila entre la postura de Bull

(1948) que sitúa a Cova como "histérico" y define la novela como "extraña historia de románticos idealistas y dementes que sufren el agónico proceso de la derrota y la desilusión, al entrar en contacto con una hosca realidad para la cual no están ni filosófica ni psicológicamente preparados"³, hasta llegar a la precisión de Pope (1980): la "autobiografía de un intelectual". Este investigador por lo menos atiende a la lectura responsable del texto. De ahí que reflexione con profundidad sobre el carácter central de la novela: "No es un héroe romántico, por lo tanto, el que huye de Bogotá, sino un hombre que cree haber conocido los límites extremos de la decadencia, un poeta que no cree en la existencia de una mujer perfecta sino es en el fantasía de su propia creación"⁴. Y siguiendo el devenir del poeta Cova llega a conclusiones pocas veces destacadas:

La destrucción del poeta ha sido concreta, evidenciada socialmente, y no sólo es simbólica. Esto le permiteemerger de su obsesión privada y descubrir que Barrera no es solamente su enemigo sino el de todos los colombianos, que Funes no es un hombre, sino un sistema⁵.

El rastreo de la conducta compleja, nada lineal de Cova, le permite a Pope precisarlo como un "intelectual condenado a la marginalidad". En similar ruta se podría colocar al único colombiano que hizo, años atrás, su reseña sobre carriles no usuales, Ernesto Porras Collantes: el investigador señala en Cova el desarrollo de "un ideal ético", sustentando la hipótesis: "La transformación de A.C. es una redención como la del acero, por el fuego: de la elementalidad al más complejo despliegue de rasgos humanos en sentido unitario". Y como para guía de avanzadísimas lecturas, nos recuerda: "el hombre no es allí: está siendo; la selva no es: deviene"⁶.

Mención aparte merecen las damas —salvo Jean Franco, cuyos estudios siempre son aportadores— que recolecta la profesora Ordóñez para su compilación. Silvia Benso (1975) precisa a los cinco narradores del relato, mientras Sharon Magnarelli (1985) señala como “demente grave” a Cova y logra la analogía de mujer/naturaleza, para situarlas como “seres maléficos”, en la concepción de Cova. Concluye con el otro moderno andante: “el devorador es el

lenguaje”. Malva Filer (1979) dice que el protagonista no tiene ni fe ni generosidad, signado por tremismo y satanismo de inspiración bodeleriana: “La vanidad es la fuerza que impulsa sus actos... Ha sustituido un vivir por un representar”, dice, antes de concluir que Cova es un “intelectual frustrado”, por lo que es de “justicia poética que haya desaparecido en la selva”⁷.

Por su parte, Doris Sommer (1987) la reconoce como novela

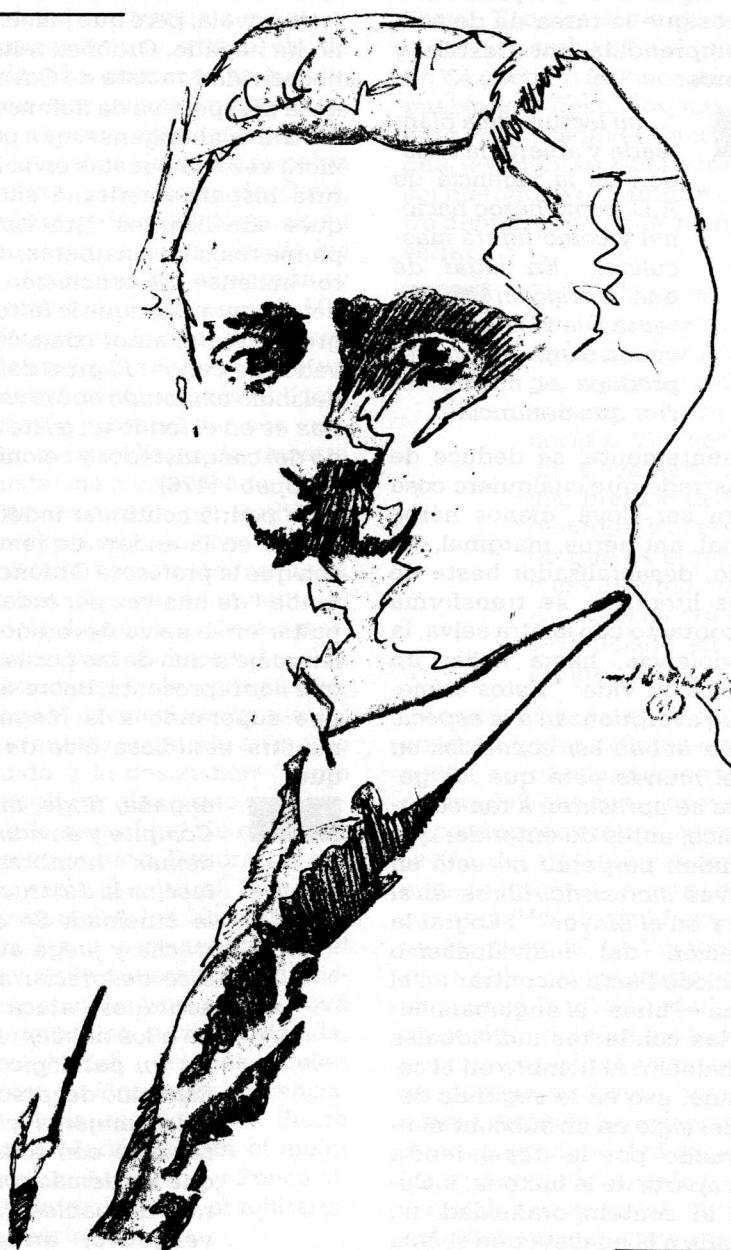


experimental, en el sentido “moderno del término”, para situarla en una instancia dicotómica propia del maniqueísmo. De ahí su “giro populista y antí imperialista”. Pero concluye en su relectura:

La Vorágine parece encajar dentro de este modelo. (Casar el destino nacional con el sentimentalismo personal). Su travesía por los llanos, el núcleo mismo de la nacionalidad colombiana (sic), y a través de la selva de las caucherías para rescatar la colombianidad de los territorios irreconocibles, coloca claramente a este libro en la tradición de la formación nacional⁸.

Para Sylvia Molloy (1987) la novela es “quiebra flagrante de la convención” y señala paralelismo con “El Corazón de las Tinieblas” y “Los pasos perdidos”, antes de nombrar al texto como “un libro de deshechos —tanto literarios como humanos— escrito en un inservible libro de cuentos, dentro de un grupo cuyos miembros no pueden o no saben leer”, manuscrito que se vuelve reliquia, emblema, “Abierto a la enfermedad, expuesto, en esta desasosegante escena de clausura, a la inevitable contaminación: abierto a nuestra lectura”⁹.

Que Juan Marinello, quien la ubicara en las “Tres Novelas →





Ejemplares", la vuelva a leer en 1970, treinta años después, para vaticinar su permanencia —“La fatalidad conducida por la violencia”, sería la línea vertebral del relato— y señalar que “el paso del tiempo ha mordido menos en La Vorágine que en Don Segundo o en Doña Bárbara”¹⁰). O que Loveluck paute para una relectura de La Vorágine la excelencia de su prosa, la visión del conflicto entre vanguardismo y autoctonismo mundonovista, la ruta hacia un encuentro con la identidad, el “yo acuso” como núcleo operacional, y el efecto técnico de la narración enmarcada, “prodigioso en una narración que nos hemos acostumbrado a juzgar primitiva y víctima del realismo ingenuo”, viendo que Rivera

...va más allá de las conquistas de quienes fueron sus maestros y logra establecer una versión original y única del hombre al borde de su destrucción, en límite con la muerte (de ahí la validez que tiene en L.V. y su visión del mundo la metáfora de la llaga, del vaciamiento y la horadación)¹¹.

O que el chileno Neale Silva¹² dedique gran parte de su vida a la indagación de nuestro autor y que en La Sorbona cada año se de un seminario sobre esta novela fundadora, nada parece decir a las autoridades académicas y gubernamentales que en el país dejaron

pasar la fecha del Centenario como si todos los días nacieran hombres de esa magnitud. Salvo el texto monográfico que dedicara Luis Angel Arango y el programa televisivo de Zubiría y Forero Benavides y algún suplemento literario dedicado al asunto, como para refritos de la escuela secundaria, sólo el libro de Monserrat circuló como posibilidad nacional de recordar al poeta. Por eso extraña más el mismo trabajo de la profesora.

En su texto sobre La Vorágine “La Voz Rota de Arturo Cova”, que no figura en su propia antología, prosigue la tarea de demolición emprendida por Castillo y Trigueros:

“...mi lectura deja planteada y abierta la cuestión de la vigencia de A.C. como héroe nacional y como figura masculina... En lugar de una oposición consistente a la violencia, encuentro una voz que reproduce el mismo terror que denuncia¹³.

Evidentemente, se deduce de lo registrado que cualquiera cosa pudiera ser Cova, menos héroe nacional: antihéroe, marginal, derrotado, desacralizador hasta de tópicos literarios, se transforma en el contacto con la otra selva, la otra violencia, hasta hallar un sentido a su vida: “Estos crímenes que avergüenzan a la especie humana deben ser conocidos en todo el mundo para que los gobiernos se apresuren a remediarlos”, dice, antes de entender que “El crimen perpetuo no está en las selvas, sino en dos libros: en el Diario y en el Mayor”¹⁴. Lograr la superación del individualismo jactancioso hasta encontrar en el sistema —Funes— el englobamiento de las conductas individuales que enajenan al hombre en el capitalismo, eso en la segunda década del siglo en un subcontinente signado por la dependencia que lo aparta de la historia, incluso en la contemporaneidad, no dice nada a la analista que señala

el relato como “un cuento contado por un idiota”.

Por lo demás, insiste en la misoginia de Cova —sin entender la relación conflictiva que encara el protagonista dadas las propias circunstancias de su relación amorosa— hasta sugerir su homosexualismo —“envidia y desea la sexualidad de los otros”— e impotencia: machaconamente vuelve sobre la incapacidad erótica de Cova frente a Zoraida Ayram.

Así mismo, en relación con la denuncia de la explotación en las caucherías, eje que muchos analistas consideran sobrecargado en la novela, pero que jamás alguno ha negado, Ordóñez relieva la negatividad racista de Cova, desde la perspectiva de defensora de las tribus aborigenes, que por primera vez son puestas en la literatura hispanoamericana sin retosques idealizantes, gracias a la pluma realista, sin riberas, del autor huilense. La conclusión no se deja esperar, aunque le falte el ingrediente del autor como conservador de cuño: “El gran defensor del indio explotado en las caucherías es en el fondo un triste remedo del conquistador y colonizador europeo” (476).

Se podría continuar indefinidamente en la andanada feminista con que la profesora Ordóñez pretende “de una vez por todas” sepultar en la selva devoradora del lenguaje a una de las pocas obras que nos representa. Baste señalar que superando a la Magnarelli, nuestra estudiosa dice de Cova que

engaña, finge, miente. Compite y envidia a los demás hombres. Le fascina la destrucción y la crueldad. Se emborracha y juega aunque dice despreciar ambas actitudes; ataca y pega a los débiles; muestra un patológico donjuanismo despreciando a las mujeres y acosándose con todas las que los demás consideran deseables (...) es vengativo, arrogante,

ridículo, criminal, manipulador, agresivo, pedante, temerario, teatral (...) Su mundo interior en conflicto con el externo se expresa no sólo en sueños, fantasías, delirios y alucinaciones, sino en el acto escogido de la escritura con el que intenta integrarse al mundo masculino hegemónico (516).

Entre los polos del denuesto y el encumio, de propios y extraños y en ese orden, permanece una obra cuyo protagonista bien podría emparentarse, a despecho de la Ordóñez, con lo más avanzado, aquí en este país del mayor atraso, del pensamiento contemporáneo de América Hispana: se palpa en las contradicciones de Cova, en su búsqueda angustiosa, en su reconocimiento del mundo de los otros, sus hermanos explotados y vilipendiados, la presencia de Mella, Mariátegui, Ponce, sin su lucidez de analista, pero con la intuición desgarradora que lo obliga a aterrizar, a materializar sus sueños en la inmediatez de nuestra circunstancia contaminada, eruptiva, entrecruzada por múltiples factores que pueden centrarse en la violencia como estigma de la sobrevida. Por eso es violento el final del relato con un Cova paternalizado, internándose en la selva para buscar el edén para su hijo, mientras entrega el testimonio de su desventura –contado en medio del ruido y la desolación– como para justificar el proceso que conduce a la necesidad de construir un nuevo mundo. Devorados por la otra selva, la natural, la que se emparenta con los hombres humanizados y hermanados en el dolor y en la superación del mismo, marchan hacia la utopía Cova y el sietemesino, Alicia y Griselda, Franco y Helí, quienes suelen aparecer en Orito o en Florencia, como Mella estuvo en la Sierra Maestra, Mariátegui en el mejor corazón de Ayacucho y Ponce sigue en la resistencia al militarismo argentino.

Para dolor de las extintoras, Rivera y su criatura (incompleta, tanteadora, desgarrada, anormal) prevalecerán, entre otras razones, porque pocas personalidades como el poeta, que murió de desolación en Nueva York soñando con lo menor para su país, perdieron tanto en tan corta vida, puesta al servicio de los intereses nacionales: la lucha contra la burocracia para que entendiera el problema de los límites, la batalla contra el partido de gobierno para la fiscalización de contrato, la denuncia de la banca, cauchera y petrolera, la defensa de su propia obra... Todo se soslayó, se resolvió en los archivos y el anecdotario de circuito intelectual. Pero el pueblo que desfiló en medio país para ver su cadáver cianótico y sigue leyendo su obra –forzado y sin método– no permitirá el entierro definitivo con que sueña Monserrat:

[REDACTADO]
En una solución mágica, Cova desaparece devorado por su enemiga, el principio de lo femenino y de lo desconocido. Tal vez algún día Cova será un animal prehistórico, el explotador, y el erotosaurio que es el peor enemigo interno, (sic) de A.L. que ha creído verse reflejada en *La Vorágine*" (518).

Incluso los estetas serios no pueden olvidar definitivamente al poeta: su poesía merece el estudio que la ligue con el esoterismo; su producción erótica exige la ubicación del tratamiento crítico de manera integral; la estructura de sus obras –tanto de *Tierra de Promisión* como de *La Vorágine* y de Juan Gil– pide análisis que las vinculen a la modernidad; el lenguaje depurado de indagador de la expresión con conciencia del rol que juega un artista, obliga a una sistematización que garantice alguna responsabilidad para rescatar lo mejor de nuestro pasado cultural, pocas veces superado. Así podríamos acercarnos a uno



de los postulados riverianos que tanto nos hace falta: "extirpar los falsos juicios en todo: hacen daño al país".

NOTAS

1. En el Boletín Cultural de la Luis Angel Arango, No. 11-12, 1979, ps. 71-131.
2. Cf. su artículo en *La Vorágine, Textos críticos* (Monserrat Ordóñez, co.), Alianza, Bogotá, 1987.
3. Op. Cit., p. 333.
4. Op. Cit., p. 402.
5. Op. Cit., p. 406.
6. Cf. el ensayo en "Tesoros", XXIII, No. 2, 1968.
7. Op. Cit., p. 397.
8. Op. Cit., p. 476.
9. Op. Cit., p. 509.
10. En Recopilación de Textos sobre las Tres Novelas Ejemplares, Serie Valoración Múltiple de Casa de las Américas, La Habana, 1971.
11. En el texto de Monserrat Ordóñez, p. 435.
12. Cf. su texto indagador, *Horizonte Humano*.
13. Las referencias, a continuación, siguen el texto de la profesora Ordóñez en el Manual de Literatura Colombiana, Procultura, Bogotá, 1988, pág. 436.
14. Cito por la 20. edición de *La Vorágine*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1985.